

QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE (1580-1645)

EPÍSTOLAS Y POEMAS

A Cristo resucitado

(Poema heroico)

Era la noche, y el común sosiego,
los cuerpos desataba del cuidado,
y resbalando en luz dormida el fuego,
mostraba el cielo atento y desvelado:
y en alto silencio mudo y ciego
descansaba en los campos el ganado,
sobre las guardas con nocturno ceño,
las horas negras derramaron sueño.

Temblaron los umbrales y las puertas,
donde la majestad negra y oscura
las frías desangradas sombras muertas
oprime en ley desesperada y dura:
las tres gargantas al ladrido abiertas,
viendo la nueva luz divina y pura,
enmudeció Cerbero, y de repente
hondos suspiros dio la negra gente.

Gimió debajo de los pies el suelo,
desiertos montes de ceniza canos,
que no merecen ver ojos del cielo:
y en nuestra amarillez ciegan los llanos.
Acrecentaban miedo y desconsuelo
los roncros perros, que en los reinos vanos
molestan el silencio y los oídos,
confundiendo lamentos y ladridos.

En el primer umbral con ceño airada,
la guerra estaba en armas escondida:
la flaca enfermedad desamparada,
con la pobreza vil desconocida;
la hambre perezosa desmayada,
la vejez corva, cana e impedida,
el temor amarillo, y los esquivos
cuidados veladores, vengativos.

Asiste con el rostro ensangrentado
la discordia furiosa, y el olvido
ingrato, y necio: el sueño descuidado,
yace a la muerte helada parecido;
el llanto con el luto desgreñado,
el engaño traidor apetecido,
la envidia carcomida de su intento,
que del bien por su mal hace alimento.

Mal persuadida y torpe consejera,
la inobediencia trágica y culpada,
conduce a la señal de su bandera
gente, en su presunción desesperada:
la soberbia rebelde y comunera,
de sí propia se teme despeñada,
pues cuanto crece más su orgullo fiero,
se previene mayor despeñadero.

Del pálido esqueleto, que bañado
de amarillez, como el horror teñido,
el rostro de sentidos despoblado,
en cóncavas tinieblas dividido;
la guadaña sin filos del pecado.

--

Lo inexorable del blasón vencido,
fiera y horrenda en la primera puerta,
la formidable muerte estaba muerta.

Las almas en el limbo sepultadas,
que por confusos senos discurrían,
después que de los cuerpos desatadas,
en las prestadas sombras se escondían:
las dulces esperanzas prolongadas,
esforzaban de nuevo y repetían;
cuando el ángel que habita fuego y penas,
ardiendo en los volcanes de sus venas,

vio de su sangre en púrpura vestido
(de honrosos vituperios coronado)
venir al Redentor esclarecido,
que fue en la Cruz, para vencer, clavado:
vio venir, y ciego y afligido,
al arma, dijo, al arma, y demudado
de sí (viéndose) vio ¡gran desventura!,
quien, cuando quiso Dios, tuvo hermosura.

«Yo fui muerto por vos, que coronado
por todos fuisteis muerto, cuando el día
vio cadáver la luz del sol dorado.
Vos fuisteis precursor de mi alegría,
le dijo Cristo a Juan, vos degollado
del que buscaba la garganta mía:
tanto más que profeta sois al verme,
cuanto excede el mostrarme al prometerme.

»Seguidme, y poblaréis dichosas sillas,
que la soberbia me dejó desiertas;
dejad estas prisiones amarillas,
eterna habitación de sombras muertas:
sed parte de mis altas maravillas,
y del cielo estrenad gloriosas puertas».
Dijo, y siguió su voz el coro atento,
con aplauso de gozo y de contento.

Luego que el ciego y mudo caos dejaron,
y alto camino de la luz siguieron,
desesperados llantos resonaron,
de las escuadras negras que lo vieron:
las puertas de su reino aún no miraron,
que medrosos de Dios no se atrevieron;
pues viéndole partir, aun mal seguros,
huyeron de los límites oscuros.

Subiéronse a los duros y altos cerros,
y viendo caminar la escuadra santa,
la invidia les dobló cárcel y hierros,
no pudiendo sufrir grandeza tanta:
reforzoles la pena y los destierros,
ver su frente pisar con mortal planta;
los ojos le cubrió muerte enemiga,
y el aire se vistió de noche antigua.

Llegó Cristo glorioso en sus banderas,
en tanto que padece el Rey violento,
del siempre verde sitio a las riberas,
que abrió con su pasión y su tormento:
riéronse a sus pies las primaveras,
y en hervores de luz encendió el viento;
abriéronse las puertas cristalinas,
y corrió el paraíso las cortinas.

Hay un lugar en brazos de la aurora,
que el Oriente se ciñe por guirnalda;
sus jardineros con Céfito y Flora,
el sol enzarza en oro su esmeralda:
el cielo de sus plantas enamora,
jardín Narciso de la varia falda;
y el comercio de rosas con estrellas,
enciende en joyas la belleza de ellas.

Por gozar del jardín docta armonía,
que el pájaro delata en la garganta,
a las tinieblas tiraniza el día
el tiempo, y con sus horas se levanta:
su luz y no su llama el sol envía,
y con la sombra de una y otra planta,
seguro de prisión del hielo frío,
líquidas primaveras tiembla el río.

El firmamento duplicado en flores,
se ve en constelaciones olorosas:
ni mustias envejecen con calores,
ni caducan con nieves rigurosas:
Naturaleza admira en las labores,
con respeto anda el aire entre las rosas,
que sólo toca en ellas manso el viento,
lo que basta a roballas el aliento.

Pródiga ya la luz de su tesoro,
más claros recibió, que daba,
acrisolaron los semblantes de oro
las espléndidas luces que miraba
el Redentor siguió el sagrado coro
al pie de Cristo, y en su cruz se clava;
saludó Adán la antigua patria, y todos
después la saludaron de mil modos.

Apareció la Humanidad sagrada,
amaneciendo llagas en rubíes,
en joya centellante la lanzada,
los golpes en piropos carmesíes:
la corona de espigas esmaltada,
sobre el coral mostró cielos turquíes,
explayábase Dios por todo cuanto
se vio del cuerpo glorioso, y santo.

En torno las seráficas legiones

nube ardiente tejieron con sus alas;
y para recibirle las regiones
líquidas estudiaron nuevas galas;
el hosanna glosado en las canciones,
se oyó suave en las eternas salas;
y el cárdeno palacio del Oriente,
con esfuerzo de luz se mostró ardiente.

La cruz en la mano descubierta,
con los clavos más rica que rompida;
la gloria la saluda por su puerta,
a las dichosas almas prevenida;
viendo a la muerte desmayada y muerta,
con nuevo aliento respiró la vida,
pobláronse los cóncavos del cielo,
y guareció de su contagio el suelo.

Epístola satírica y censoria

contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a don Gaspar de Guzmán,
conde de Olivares en su valimiento

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy, sin miedo que libre escandalice,
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio, y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa, quien lo niega y quien lo duda,
que es lengua, la verdad, de Dios severo,
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son, la verdad y Dios, Dios verdadero:
ni eternidad divina los separa,

ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,
siendo verdad, implicación hubiera
en ser, y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto
es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo: mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas:
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada
que fue, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida
que, en donde supo hallar honrada muerte,
nunca quise tener más larga vida.

Y, pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrenta de los años
envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
del paso de las horas y del día,
reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
sino de qué manera; ni aun un hora
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
y sola dominaba al pueblo rudo:
edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
al corazón que, en ella confiado,
todas las armas despreció desnudo.

Multiplió en escuadras un soldado
su honor precioso, su ánimo valiente,
de sola honesta obligación armado.

Y, debajo del cielo, aquella gente,
si no a más descanso, a más honroso
sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vio galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
más veces en la hueste que en la cama.
Sano le aventuró, vengole herido.

Todas matronas, y ninguna dama;
que nombres del halago cortesano
no admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano,
era divorcio de las rubias minas
que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas
el áspero dinero, ni el Oriente
compró la honestidad con piedras finas.

Joya fue la virtud pura y ardiente;
gala el merecimiento y alabanza;
sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
ni el cántabro con cajas y tinteros
hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
no mendigando el crédito a Liguria,
más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
si se volvieran Muzas los asientos:
que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos
y expiraba de crédito el venado:

grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre, entonces bien disciplinado,
buscó satisfacción y no hartura,
y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres era
una vaca sustento y armadura.

No había venido, al gusto linsojera,
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fue principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros,
también como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros;
después mostraron del carquesio a Baco
el camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
eran recuerdo del trabajo honroso,
y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español velloso
llamar a los tudescos «bacanales»,
y al holandés «hereje y alevoso».

Pudo acusar los celos desiguales
a la Italia; pero hoy de muchos modos
somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
todos blasonan, nadie los imita,
y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
la ballena, o la espuma de las olas,
que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
bien perfumadas, pero mal regidas,
y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
y aún no se hartaba de buriel y lana
la vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana
que manchó ardiente múrice, el romano
y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
persuadir que vistiese su mortaja,
intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fue el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria
por dejar la vacada sin marido,
y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido
y símbolo celoso a los mortales,
que a Jove fue disfraz y fue vestido;

que un tiempo endureció manos reales,
y detrás de él los cónsules gimieron,
y rumia luz en campos celestiales,

¿por cuál enemistad se persuadieron
a que su apocamiento fuese hazaña,
y a las mieses tan grande ofensa hicieron?

¡Qué cosa es ver un infanzón de España
abreviado en la silla a la jineta,
y gastar un caballo en una caña!

Que la niñez al gallo le acometa
con semejante munición apruebo;
mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
en frentes de escuadrones; no en la frente
del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
dando fuerza de ley al viento vano,

y al son esté el ejército obediente.

¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro,
del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
al que de su persona, sin decoro,
más quiere nota dar que dar asombro.

Jineta y caña son contagio moro;
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos;
que sólo grande rey y buen privado
pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado
con desembarazarnos las personas
y sacar a los miembros de cuidado;

vos distes libertad con las valonas
para que sean corteses las cabezas,
desnudando el enfado a las coronas.

Y, pues vos enmendastes las cortezas,
dad a la mejor parte medicina:
vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina
a privar, sin intento y sin venganza,
milagro que a la invidia desatina,

tiene por sola bienaventuranza
el reconocimiento temeroso:
no presumida y ciega confianza.

Y si os dio el ascendiente generoso
escudos, de armas y blasones llenos,
y por timbre el martirio glorioso,

mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
os muestre a su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;
y cuando nuestras fuerzas examina
persecución unida y belicosa,

la militar, valiente disciplina
tenga más platicantes que la plaza;
descansen tela falsa y tela fina.

Suceda a la marlota la coraza,
y si el Corpus con danzas no los pide,
velillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divine,
hace suerte en el toro, y con un dedo
la hace en él la vara que los mide.

Mandallo así; que aseguraros puedo
que habéis de restaurar más que Pelayo,
pues valdrá por ejércitos el miedo,
y os verá el cielo administrar su rayo.

FIN